

OLER, ESCUCHAR, RECORDAR...: SENTIR CÓRDOBA*

ÁNGEL AROCA LARA
DIRECTOR

**“Amarillo perfil de arquitectura
de cúpulas y torres coronado
torso de duro mármol cincelado
estatua de ciudad, Córdoba pura.**

**Abres al valle virginal figura
a la que el Betis besa enamorado
y en tu más alta torre reflejado
el oro de tu Arcángel te fulgura.**

**Arena y cal, olivo, serranía,
enhiesto pino, palmeral ardiente
ciñen tu delicada argentería,**

**relicario de siglos donde Oriente
engarza en vespéral policromía
tu albo destello ¡oh perla de Occidente!”**

Estrechos son, sin duda, para una ciudad como ésta los catorce versos de un soneto. Ni siquiera un centenar de poemarios sería bastante para ofrecernos una justa visión de su armonía, de su pasada grandeza, del sensualismo de sus patios, de la calma remansada de sus plazas, de sus rumores, de su silencio, de sus gentes, de sus fragancias... —Un día me dijiste, querido Carlos, no sé si lo recuerdas, que lo que más admirabas de Córdoba eran sus mujeres y sus olores—. No es fácil,

* Discurso del Director de la Real Academia de Córdoba leído el día 16 de junio de 1995, con ocasión del homenaje tributado por dicha Corporación al Excmo. Sr. Don Carlos Zurita González-Vidalte.

realmente, hacer la síntesis perfecta de esta vieja arrugada: romana, mora, judía, cristiana, digna siempre, que eligió por escabel el Betis y se ciñó la sierra por corona. Ni el propio don Luis de Góngora –“¡Oh excelso muro, oh torres coronadas/ de honor de majestad, de gallardía!”– acertó a hacerlo plenamente.

No obstante, la necesidad de centrar el tema de mis palabras en esta sesión con que la Academia ha querido rendir homenaje al Excmo. Sr. D. Carlos Zurita González-Vidalte, me ha aconsejado elegir este soneto del inolvidable Juan Bernier, lujo –marchito ya en la materia, pero inmarcesible en la belleza de sus versos– de esta Corporación, que a buen seguro hubiera encaminado sus pasos hasta aquí en esta tarde y quizá ahora mismo acomoda su espíritu grande de poeta en un sillón vacío o salta leve, al ritmo de los arcos, de cimacio en cimacio, o cruza funambulista, con la pértiga de su ingenio, la linterna de ésta, su casa siempre.

—¿Recuerdas Carlos? Paseábamos Córdoba en las horas previas a la última Noche Buena y nos detuvimos un instante en el extremo sur del bulevar del Gran Capitán, bajo la gallarda torre de San Nicolás de la Villa –paciencia y obediencia– que doblegó el orgullo de la altiva nobleza cordobesa. Mirabas con tus ojos perdidos hacia el cielo invernal que doselaba entonces las Tendillas, y me dijiste que allí veías la luz. ¡Cómo sentí que fuera ya imposible el acercarnos a la plaza, en que Córdoba calza espuela de bronce al héroe de Ceriñola y Garellano, de Manfredonia..., para que vieras una vez más el caballo de Mateo Inurria, tan elegante, tan diverso de los pesados bucéfalos comunes a la mayoría de las estatuas ecuestres! Pero, a buen seguro, tú lo recuerdas bien, y, si pensaste en él, lo hubiste de hacer lamentando con Gaya Nuño que “los escultores de los Luises franceses, de Pedro I de Rusia, y de José I de Portugal no pensarán en venir a Andalucía para enterarse de que un caballo ha de ser, antes que ninguna otra cosa, un arabesco vivo”. En cualquier caso, me confortó el saber que tus pupilas, cansadas de mirar, eran aún sensibles a las luces en mieles traspasadas del ocaso.

Días después, me escribiste una carta que aún me duele en el alma. Desvanecidos aquellos últimos destellos del cielo esplendoroso de Córdoba, habías pasado –me decías– “a un mundo diferente, pesado y oscuro. Definitivamente oscuro”.

Pero hoy estás aquí de nuevo, con Carmen, con tus hijos, con tus hermanos, con tus amigos, con tus compañeros de Academia, gozando de esta ciudad que, idealizada en el recuerdo, ha de ser aún más hermosa, porque la Córdoba más hermosa que conozco es la que pintó desde la ausencia Julio Romero de Torres. Tú, como él, puedes ahora alzar un triunfo arcangélico en medio de la Corredera, hacer que la Iglesia de San Lorenzo escale las laderas de la sierra o que el Guadalquivir bañe los cimientos de Santa Marina; tú puedes eliminar todos los disparates arquitectónicos y urbanísticos que atentan contra el cordaje armónico de esta ciudad y hacer abstracción de los cables eléctricos y telefónicos que maculan las cales juderías; tú puedes devolver el fresco verdor a nuestras plazas, duras ahora por mor de la estética estalinista del adoquín y del cemento; tú puedes incluso reinventar a la mujer cordobesa y hacerla a tu medida, como hiciera el pintor de la “Musa gitana”: “Rico pan de esta carne morena, modelada / en un aire caricia de suspiro y aroma... / Sirena encantadora y amante fascinada, / los cuellos enarcados, de sierpe o de paloma...”.

Yo quiero, hoy y ahora, entre dos luces, cuando la dorada del crepúsculo se

inclina, reverente, ante la de la luna: fría y de plata, volver a pasear contigo Córdoba, y he elegido otra torre, la de la Calahorra, para iniciar nuestro paseo o, quizá, para quedarnos allí, porque esta ciudad puede atraparnos en cualquiera de los pliegues de su arrugada geografía.

Ante nosotros y al otro lado del río, se yergue la lorquiana "Córdoba de arquitectura". Todo armoniza incomprensiblemente en una sinfonía hecha de siglos y compases estéticos diversos: el triunfo del Cabildo, de un barroco inquietante y con curiosos ecos berninescos de la *fontana della piazza Navova*, se alza junto a la Puerta del Puente, vestida con las aplomadas galas manieristas del tercero de los Hernán Ruiz; la catedral cristiana se encuentra cómoda —como una gran araña vigilante— sobre la urdimbre de los tejados de la Mezquita, las torres herrerinas del palacio episcopal conviven con las almenadas del Alcázar y la gran noria agarena de la Albolafia, la que robaba el sueño a la reina Isabel, con el cimborrio de la capilla del Cardenal; los cubos ocrosos del seminario de San Pelagio y las cales de la ronda de Isasa se apoyan juntos en las barandas del murallón de la Ribera para mirarse en el río cuando se lo permiten las adelfas; la fronda salvaje del Guadalquivir se funde con los cuidados jardines del Alcázar; se dan la mano el ascetismo del ciprés, la languidez del sauce y la elegancia sin par de la palmera; y, sobre toda esta belleza, San Rafael ¡Siempre San Rafael!: en la torre catedralicia, coronando la esbelta columna del triunfo del Cabildo y sobre aquella otra que hay junto al Puente Nuevo, con fuste de tambores y capitel de palmas.

No es la Siena perdida ni la marmórea Florencia de la tarde que quiso ver Gabriel García-Gill; es Córdoba. ¡Córdoba!, ni más ni menos. ¡Córdoba!, que es tanto como decir Atenas o decir Bizancio. Es Córdoba y ahí mismo, sobre el pretil del puente, está para atestiguarlo el Arcángel que labrara Bernabé Gómez del Río, pescador eterno del Guadalquivir que utiliza como cebo los ramos de las novias cordobesas.

Se cierra ya la noche, la brisa que acaricia las lomas, como niñas en flor, de la Campiña nos envuelve, y mis ojos, asombrados ante tanta belleza, quieren también cerrarse por retenerla. Renunciemos a dar nuestro paseo. Quedémonos aquí, amigo mío; levantemos la tienda del recuerdo a este lado del río. Sea nuestro Tabor el Campo de la Verdad. Sí... ya lo sé, está regado por la sangre que vertieran la espada y el hocino y ni tú ni yo somos amigos de la violencia, pero también aquí floreció el amor, pues hasta este lugar —nos relata Ibn-Hazm— siguió el poeta Yusuf ibn Harun, más conocido como al-Ramadi, a una doncella que vio en la Puerta de los Drogueros y, con sólo mirarla, se apoderó de las entretelas de su corazón e hizo brotar en él una pasión que se filtró por todos los miembros de su cuerpo.

Se está bien aquí. Acaba de pasar una muchacha —descendiente, quizá, de las que se reunían en la antigua Puerta de los Drogueros—, que ha detenido su paso breve ante el San Rafael del Puente. Me ha parecido oír un suspiro tras el susurro de la oración y nos llegan los aromas de las tardes ya idas de abril escritos en el aire que traspasa el tamiz endrino de su pelo: en las calles de Córdoba, exhalan su pureza los naranjos; trepa la madreSelva por el muro de nácar en los compases conventuales, y, en los cerrados paraísos de los patios, las aguas de la sierra con

esencia de tomillo y espliego espojan arriates de alhelfes y no cesan de nevar los celindos. Vuelve, pasa de nuevo ante nosotros. Se trata de una de esas cordobesas de casta que siempre han alegrado las encrucijadas de esta ciudad vieja.

¡Tendría que llover este verano! Apenas se oye el río, sus aguas, lentas, anidan en la adelfa y su cuerpo de limos se queda, generoso, entre los juncos. Los viejos molinos ya no navegan como antes, están varados en sus azudas y sólo saben de las citas secretas de los amantes. ¿Quién daría crédito ahora a Ricardo Molina cuando nos habla de “sus aguas violentas / (de riadas antiguas) donde flotan almiares, animales que aúllan, / negros troncos de árboles y despojos de ruedas”?

Ya no se escucha el gemir de la carretera a su paso por el puente, ni la esquila que acompasa el pacer lento de las vacas, ni el galope de los caretos cordobeses por las riberas del Guadalquivir. ¿Dónde están ahora los caballos de Córdoba? ¡Malaya sea la bruja que te encantó, indómito potrillo, preso sobre la fuente en corveta de piedra! Sé, como Concha Lagos, que quieres liberarte, “huir fogosamente como de un bosque en llamas, / recorrer la campiña, / dormir plácidamente bajo las madroñeras, / triscar alfalfa y trébol, aún con el rocío temblándole en las hojas”.

Apenas si brota ya el cante en las tabernas y sólo de tarde en tarde nos hiere la guitarra con su puñal de música. Ahora, amigo mío, los rumores de Córdoba son otros. “Las desventradas máquinas de férreos intestinos” de que hablara Bernier lo han invadido casi todo y han arruinado el silencio devoto de la ciudad: rugen los motores por doquier y crepita el taladro impúnemente. Pero aún nos quedan remansos como éste, en que puede escucharse el ruiseñor. Y nos quedan los patios, y plazuelas perdidas, y un sinfín de callejas estrechas, serpenteantes, que siguen siendo feudo de la Córdoba callada de siempre. Y mañana, antes de que despierte la ciudad, de sus nidos en torres y espadañas volarán, espantadas, las cigüeñas al parloteo de bronce de todas las campanas de Córdoba.

Poco se ha hecho, querido Carlos, por preservar esta añeja ciudad de la opulencia: “... abatieron dinteles –nos dice Pablo García Baena–, picaron tracerías, hundieron hornacinas / y a la venta pusieron atauriques, / teselas, surtidores, plata ilustre de ofrendas / y cobraron monedas de la traición tus hijos, / subastaron tus lágrimas, oh madre, / patria mía”. Pero no es fácil arruinar por completo el bello manto oriental que tejieron los Omeya en la urdimbre de la *urbs quadrata* de Claudio Marcelo. De lo mucho que aún nos queda de aquella grandeza, yo he querido traeros esta noche, a ti y a Carmen, el más modesto de los presentes. Tan sólo un destello leve de aquellos jardines agarenos en los que lozaneaban las gacelas sobre tapices ondulantes de narcisos, recamados de nenúfares, como lunares en la piel blanca de una muchacha.

Para ti, querido Carlos, los heliotropos. Estas flores menudas que –igual que Clítia, su eterna enamorada– aún buscan el sol por el día y se encogen en la noche como viudas atribuladas en el Patio de los Naranjos de las antiguas casas principales de don Gome Fernández de Córdoba y Figueroa. El último Marqués de Viana, don Fausto Saavedra y Collado, solía prendérselos en la solapa y regalarlos a sus amigos. Éstos los ha cortado don Manuel Patiño, Conserje Mayor de Palacio, que lleva más de medio siglo vinculado al mismo. A él y a don Francisco Solano Márquez Cruz les agradezco vivamente su gentileza.

A Carmen le traigo las flores de un jazmín, que riego cada tarde en la hora de la siesta. Las cogí aún cerradas, pero ya están abiertas y exhalan su lamento.

Que esta cortesía humilde de la patria de Séneca, de Averroes, de Maimónides, de Juan de Mesa, de Góngora, de Romero de Torres..., os reporte la paz y la dicha que hallaron ellos en los patios de Córdoba. Que así sea, os lo deseo de corazón.

*S. I. Jornadas de la Real Academia
de Córdoba sobre Tinajar*